

La intervención educativa en la inserción social del deficiente

ISABEL DIAZ ARNAL

*Experto de la Comisión Médico-Pedagógica
y Psico-social del
Bureau International Catholique de l'Enfance*

El problema educativo del subnormal psíquico se hace más complejo y difícil cuando los muchachos penetran en la adolescencia. Nos limitamos aquí a examinar el problema de la reinserción del deficiente mental en la sociedad y al tratamiento de muchachos albergados en instituciones médico-pedagógicas; se trata, por tanto, de niños deficientes que, una vez terminado el proceso de recuperación escolar, tienen necesidad urgente y absoluta de completar, sobre base eminentemente práctica, la preparación para la vida.

ASPECTOS DE LA INTERVENCIÓN EDUCATIVA

Los esfuerzos pedagógicos que más directamente se encaminan a hacer más fácil el encuadramiento social del deficiente que empieza a ser joven se refieren principalmente a cuatro aspectos, cuales son:

- La conservación del patrimonio nacional adquirido y asimismo la utilización de éste para fines prácticos.
- La integración de relaciones sociales, a través de contactos más frecuentes con el mundo externo.
- La potenciación del autogobierno del chico, de su espíritu de iniciativa, de la organización de su experiencia, del espíritu de cooperación, mediante una adecuada utilización del tiempo libre.
- La orientación profesional del deficiente.

Como es obvio, conviene reconocer la oportunidad de una preparación específica que viene a integrar la obra educativa de los años anteriores y que justifica la permanencia ulterior de los deficientes en la institución médico-pedagógica más allá del término previsto para su recuperación escolar. Esta representa un aspecto fundamental del tratamiento, pero no lo es todo. Por ello, si no se quieren perder las ventajas conseguidas en esta primera etapa, es necesario continuar la recuperación del deficiente en ambiente protegido, ya que aquél no puede, en la mayoría de los casos, afrontar él solo (ni la familia,

si existe, está en condiciones de ayudarlo convenientemente) el riesgo de la inserción en el ambiente social, sea por medio de las relaciones normales, sea por la orientación profesional.

En la práctica se posibilita al deficiente el tránsito a la vida social propiamente dicha mediante las clases de desarrollo, la integración en el establecimiento de las relaciones y el tiempo libre debidamente dirigido.

CLASES DE DESARROLLO

En líneas generales, el deficiente mental de doce y más años es difícil que desarrolle ulteriormente la capacidad teórica especulativa correspondiente a la capacidad de aprendizaje nocional. Por este motivo, la clase de desarrollo viene a constituirse en una clase especial que comprende alumnos todavía en edad de obligatoriedad escolar (doce, catorce años), los cuales tienen, sin embargo, un nivel escolar correspondiente a la segunda o tercera clase elemental; estos muchachos están confiados a un educador que desarrolla su actividad en los límites del horario normal de veinticinco horas semanales.

El programa a desarrollar en esta clase comprende: en primer lugar, ejercicios escolares repetidos, para fijar y perfeccionar las nociones adquiridas.

En segundo término, la aplicación tendente a presentar a cada uno, según su capacidad personal de asimilación, nociones y procedimientos que normalmente se encuentran en el programa de las clases superiores, pero cuyo conocimiento es indispensable para afrontar los más elementales problemas de vida práctica y del trabajo manual (medidas, elementos de geometría, de física, etc.), así como preparación teórica para el trabajo, mediante informaciones oportunas sobre los procedimientos y técnicas operativas (empleo de material, dibujo, etc.).

Tal obra de información tiene lugar, naturalmente, de acuerdo con los criterios didácticos más idóneos en educación especial, tales como la base intuitiva, observación, investigación concreta y aplicación, acciones todas que permiten

una utilización inmediata de las nociones aprendidas con fines prácticos.

Además de esta exigencia fundamental, la escuela especial, en su modalidad de clase de desarrollo, da también ocasión de separar los deficientes, discriminando los que han mostrado un progreso posterior de los que siguen estacionados, poseyendo el mismo nivel de escolaridad.

INTEGRACION EN LAS RELACIONES SOCIALES

La prueba más difícil para el deficiente psíquico es enfrentarse él solo con los problemas, con los obstáculos de la vida y, sobre todo, mantener relaciones con los demás. A pesar de reconocer que toda la obra educativa está encaminada desde el principio a preparar la inserción del deficiente en la sociedad, esta preparación común y genérica no basta; es necesaria una preparación específica que se intensifica, sobre todo, en el momento en que la reeducación escolar puede darse por concluida. Estamos en la fase de la preadolescencia, y el deficiente, en posesión de una formación general, alcanzada por cada uno según el límite de sus propias posibilidades, debe cimentarse en una relación social más intensa.

Las dificultades notables con que se ha de encontrar el muchacho están ligadas a la nueva situación con que se enfrenta y debidas a la natural torpeza de la primera experiencia, a la incomprensión de los demás hacia él, al contraste, al fracaso. Las reacciones del deficiente frente a estos obstáculos nuevos varían según se halle albergado en una institución médico-pedagógica o frecuente una escuela especial en externado.

Mientras estas experiencias nuevas tengan lugar cuando el deficiente está aún internado en la institución se podrán valorar atentamente y se le podrá dotar de los medios que el tratamiento médico-pedagógico proporciona para hacerle superar gradualmente estos obstáculos nuevos.

El contacto con el mundo externo, limitado por razones didácticas durante el horario escolar, se intensifica y se conduce con finalidad determinada durante el tiempo libre y se efectúa en diversas ocasiones: manifestaciones deportivas, espectáculos, ceremonias, y también a través de la participación y colaboración en actividades con compañeros de otros institutos y colegios. Por otra parte, se le puede insertar al deficiente, por periodos breves de tiempo, en ambientes de trabajo, colonias, *campings*, etc.

El *periodo extraescolar* se organiza de modo que permita dos operaciones específicamente distintas, es decir, el trabajo manual y la actividad libre.

Respecto del primero de los aspectos, se procede con el criterio de las demás ocupaciones dentro del campo de la educación especial; con el criterio de la más rigurosa graduación, que,

junto con el de la individualización, constituyen los pilares básicos de la pedagogía especializada.

El deficiente o subnormal no puede tener, en general, una preparación de base completa que le permita trasladarse, sin el grave y frustrante riesgo del fracaso, de la escuela especial al taller, al empleo externo, aunque sea, no obstante, para adiestrarlo en un trabajo. Es evidente la necesidad de una preparación para el trabajo, prolongada y gradual, en ambiente protegido, con objeto de obtener la formación lo más completa posible. Esta fase, para nosotros la más importante, implica la exigencia de regular el paso de la escuela al mundo del trabajo, a través de una fase preliminar durante la cual, sin traspasar del todo la actividad escolar, sino en ordenada relación con ésta, el muchacho pueda familiarizarse con la actividad práctica y operar gradualmente en la búsqueda de las condiciones que facilitan la ejecución de un trabajo.

No se tratará, sin embargo, de la orientación hacia un oficio determinado, sino de ejercitaciones prácticas fundamentales y comunes a diversas actividades laborales, es decir, una ejercitación polivalente. En esta fase del tratamiento, escuela y taller de la institución están ligados estrechamente hacia el mismo fin: el desarrollo de la inteligencia práctica. En la escuela recibe el chico información y sugerencias de base teórica y en el taller utiliza nociones y procedimientos aprendidos. En el lugar del trabajo está presente un instructor especializado, que facilita —sugiriendo, estimulando y guiando— la actuación del proyecto, la realización de un trabajo, solicitando del muchacho la búsqueda del modo mejor, del recurso práctico, en virtud del cual una operación puede ser más expedita y perfecta.

Una experiencia prolongada en tal sentido representará la mejor preparación para afrontar sucesivamente el problema de la calificación profesional y específica y permitirá individualizar y orientar inclinaciones y actitudes.

El desarrollo de la inteligencia práctica, que es más fácilmente atraída por situaciones concretas ofrecidas en ocasiones de trabajo, favorecerá la adquisición de la habilidad técnica mediante la cual el joven, más tarde, adquirirá en la vida una autonomía propia que será, desde luego, proporcionada a su capacidad productiva.

Puesto que ésta es la fase considerada como más compleja y delicada del tratamiento, es necesario que se desenvuelva dentro de un ambiente protegido durante todo el tiempo que sea necesario o bajo la guía continuada de educadores expertos y con la misma y completa asistencia médico-pedagógica que caracterizaba el periodo de escolaridad primaria especial.

LA ACTIVIDAD LIBRE

Los adolescentes, después de la permanencia en la escuela y en el taller, deben tener la posibilidad de disponer de su propio tiempo.

Una sala convenientemente dotada de libros, revistas, periódicos, televisión, radio, juegos, etcétera, permite leer, jugar y conversar en plena libertad y siempre al lado de un educador especializado en el aprovechamiento del tiempo libre, que está al tanto de los problemas que surgen necesariamente y obra de manera que favorece el ejercicio justo de la libertad.

No es de despreciar tampoco en la conversación las experiencias dirigidas en el curso de la jornada y de modo especial las impresiones que resultan del contacto con el mundo externo. El educador, que se llega a transformar en amigo y confidente de sus chicos, no cesa, sin embargo, en su labor educativa; suministrará consejo en las situaciones que lo sugieran, anotará comentarios, preocupaciones, valoraciones, con el criterio seguido por los demás educadores de la institución, la cual le proporcionará siempre indicaciones y sugerencias para el tratamiento más oportuno.

De estas múltiples intervenciones si se puede esperar el resultado perseguido, que no es otro que el preparar, en la forma más completa posible, la inserción social del deficiente psíquico, de manera que el muchacho no corra el peligro de retroceder al punto de partida al establecer el primer contacto con el mundo.

El problema de la inserción del deficiente en la vida social es grave y urgente, y, como dice Mario Brotini, de la POA de Roma, si bien está reconocido el valor del principio ético-social que afirma «el que más tiene más debe dar», y no sólo desde el punto de vista económico, es también necesario recordar y actualizar el imperativo que impone «dar más a quien tiene más necesidad».

EXPERIENCIA REALIZADA EN LA INSERCIÓN SOCIAL DE MUCHACHOS DEFICIENTES

Contrariamente a la tónica general, por la que nos encontramos con muy pocos datos al referirnos a esta especialidad educativa, todavía por realizar de modo pleno en nuestro país, expongo a continuación una experiencia directa en esta faceta de inserción en la vida social del deficiente de catorce a dieciséis años. Ha sido realizada por alumnas más de la Escuela de Especialidades «Julio Ruiz de Alda» que finalizaban su carrera de asistentes sociales.

El tiempo empleado en ella son tres años consecutivos, dedicados a plena actividad en los nueve meses de curso, con los alumnos ingresados de centros de educación especial; los objetivos perseguidos en este trabajo han sido polarizados desde un triple punto de vista muy interesante: los servicios de postcura, las atenciones postescolares de los niños difíciles y el grupo terapéutico. Los instrumentos de trabajo preferentemente empleados han sido el trabajo social de grupo, téc-

nica que dominaban por ser específicamente distintiva de su profesión.

Los tres aspectos reseñados han aprovechado el tiempo libre de estos pequeños; pero sus deducciones, a través del contenido dado a las actividades organizadas, están polarizadas por el punto de vista predominante, por lo que mencionaremos ampliamente el primero de los tres aspectos, la postcura, por ser el más característico dentro del tema de este artículo; los otros dos, con ser importantes, escapan más a la coordinación social propiamente dicha, y se refieren más directamente a la recuperación personal del niño difícil aislado y a la valoración del agrupamiento como medio pedagógico curativo, aspectos ambos que se separan del contenido de mi trabajo.

PREMISAS DE LAS QUE HA PARTIDO EL TRABAJO

Teniendo en cuenta que la postcura está constituida por la asistencia o tutela que se le prodiga al niño o adolescente, una vez terminada su frecuentación escolar en el centro de educación especial, el servicio de postcura es, pues, una prolongación de la acción positiva del establecimiento educativo especial donde se ha recuperado el pequeño y, al mismo tiempo, el mejor medio para la adaptación social más completa de los ex alumnos.

Estos servicios son el medio por excelencia para atender al muchacho, poniendo en juego la dinámica de grupo a través de una serie de actividades recreativas artísticas o deportivas, entre las principales, en las cuales la persona que las dirige (en nuestro caso la asistente social) es el factor aglutinante y el intérprete de las iniciativas del conjunto.

El asesoramiento previo a la asistente, así como la preparación de la misma en el empleo del trabajo social de grupo, han permitido aprovechar el tiempo libre de los pequeños para conseguir una socialización lo más completa posible en el momento de abandonar el centro educativo especial y pasar a formar parte del mundo del adulto.

Las finalidades que se fijaron para comenzar las actividades que llenarían los fines de semana, sábado por la tarde y domingo de los nueve meses del curso, fueron las siguientes:

Proporcionar a los niños una experiencia de grupo, que tiende al desarrollo integral de su personalidad, a su capacitación progresiva en el establecimiento de relaciones, aprovechando para ello sus necesidades de agrupación (pandilla), de juego, de distracción, etc. Todo esto se ha llevado a cabo por medio de una pedagogía activa, es decir, tratando de fomentar entre los chicos el espíritu de iniciativa, el uso de la libertad, el sentido de responsabilidad y, en último término,

tender a su educación social con sentido de servicio.

Continuar el contacto con estos alumnos, iniciado y desarrollado temporalmente en el interior del centro, para ayudarlos, una vez abandonado el mismo, al fin de su escolaridad, para que sepan adaptarse al medio ambiente y orientarlos vocacional y profesionalmente.

Desarrollar valores humanos a través de juegos educativos y actividades de grupo diversas, de acuerdo con las necesidades intrínsecas de cada uno de los miembros del grupo.

Para el logro de estos fines, y después de la formación de los grupos correspondientes, se ha suscitado la elección de un jefe o líder por parte de los mismos componentes, que ha tenido en cierto modo la responsabilidad de la marcha del grupo. Asimismo, cada miembro ha tenido una responsabilidad concreta con respecto al grupo a que pertenecía, ya que si ha de ser educativa para él esta agrupación y convivencia con otros muchachos es en virtud del papel que ejerce *en y para con* los demás que se agrupan en torno a él.

El modo de despertar ideales y fijarlos en los chicos agrupados con los que se iba a trabajar se ha concretado en símbolos, como, por ejemplo, nombre del equipo a formar, lema que le distinga, banderín que lo represente, himno a interpretar en común, hoja volandera o mural que exprese las actividades de los grupos. Actividades todas que ellos mismos han realizado sistemáticamente después de un corto entrenamiento.

LA FORMACION DE LOS GRUPOS PARA EL APROVECHAMIENTO DEL TIEMPO LIBRE

Como la organización *a priori* de una serie de actividades de distracción, deportivas o artísticas, llevaría aparejado el fracaso de las mismas, puesto que habían de ser la consecuencia de la elección de los propios muchachos, y teniendo, además, en cuenta las dificultades personales de éstos por su procedencia de establecimientos de reeducación, se consultaron previamente las fichas de los alumnos para elegir a los que se consideraran más necesitados de atención y los más adecuados a los fines generales del trabajo de grupo. Se realizaron las visitas domiciliarias correspondientes para establecer un primer contacto con ellos y destacar ante sus familiares el valor de la agrupación de los antiguos alumnos con una finalidad educativa y orientadora, y, por fin, se les convocó para explicarles el funcionamiento de los grupos y las actividades proyectadas, así como para fijar el día y la hora de las reuniones siguientes.

La carta de convocatoria, concebida con sencillez y afecto, se expresaba en estos términos:

«Querido ex alumno: Como te comunicamos,

van a comenzar las actividades de grupo con los antiguos alumnos del centro. Esperamos que no faltes a la reunión que tendrá lugar el próximo sábado, día 10, a las cuatro de la tarde.

Es muy importante tu asistencia este primer día, ya que de tus opiniones, de tus aficiones deportivas y gustos, y, en general, de tus preferencias, dependerán las actividades en los días sucesivos, tales como coros, excursiones, pequeñas escenificaciones, meriendas, juegos y deportes, cine-club, etc. Hasta el sábado, que te veremos. Te saludan las asistentes sociales.»

Se hicieron tres grupos, dos de niños y uno de niñas, con seis miembros cada uno, oscilando las edades entre los catorce y dieciséis años y presentando dificultades de audición, retraso mental y signos de conducta difícil, respectivamente; fueron ensamblados de seis en seis, integrándose en cada grupo representantes de las tres deficiencias, con objeto de compensarlas con la convivencia y la estimulación del grupo como totalidad. En ocasiones, el funcionamiento era mixto, favoreciendo de este modo la relación correcta con el otro sexo, tan descuidada, en general, por el aislamiento en que permanecen ambos a lo largo de su educación.

Las actividades desarrolladas por los grupos de niños han sido preferentemente: lectura de cuentos, juegos reunidos sentados (manuales e intelectuales), juegos deportivos (por equipos), deportes (realizados en el campo de La Chopera del Retiro), trabajos manuales (carpintería, pintura, haciéndose concursos de murales, encuadernación, trabajos de arcilla), ensayo de teatro sencillo, tablas de gimnasia, excursiones (a pueblos que estando cerca de Madrid tengan algún interés histórico o artístico), visitas a museos (Ejército, Ciencias Naturales, etc.), club de películas (cortometrajes de paisajes, costumbres y modos de vivir regionales o locales), teatro guiñol (con colquio al final).

Para las niñas las actividades han sido: lectura de cuentos, trabajos manuales (pintura, muñequería, labores, motivos de adorno), juegos reunidos sentados, juegos deportivos, bailes regionales, excursiones, visitas a museos, cine-club, teatro guiñol.

Naturalmente, no vamos a detallar la sucesión de reuniones que tuvieron lugar, porque no tiene ningún objeto, pero sí reseñaremos las observaciones que se hicieron a través de ellas y que tienen una referencia directa a la actitud social desarrollada en las mismas.

Por una parte, pudieron observarse fenómenos generales puestos de manifiesto por la convivencia en grupo, y, por otro lado, características particulares de ciertos miembros del grupo, cuyas condiciones personales dificultaban la integración social de manera plena.

La dinámica de grupos, puesta en juego en la actividad espontánea, dió lugar a la *manifestación de ayuda*, de compañeros más dotados, dentro del nivel de la deficiencia, a otros cuyo de-

fecto era más acusado y le entorpecía para una participación más activa en la actividad del grupo. Ayuda prodigada continuamente por dos muchachos con dificultades de audición en distinto grado, reciprocamente compenetrados.

La *actitud frente al sexo opuesto*, tímida y vacilante en el primer momento por parte de las niñas, se fortalece y asegura, sin perder la delicadeza y cualidades femeninas. Es decisiva en este sentido la integración de una líder o responsable del grupo, que tiene cierta soltura aun dentro de las limitaciones y estimula y alienta a las demás a dar cuanto les es posible en las actividades del grupo.

La *compensación en la destreza o habilidad particular*, en distintos trabajos o acciones realizadas en común, es otra de las ventajas que proporciona la utilización del tiempo libre sabiamente aprovechado; la variada gama de momentos en que compiten amigablemente o en reñido deseo de alcanzar la victoria apaga las excesivas muestras de predominancia de unos en un sector determinado al verse alcanzados o igualados por los otros en el desarrollo de otras actividades propuestas, y, por otra parte, es el antídoto contra la indecisión a tomar parte en el desarrollo de una acción en la que se sabe inferior a los demás, pero tiene posibilidad de igualar o sobresalir en otros ejercicios. Los duros de oído, hábiles en las tablas de gimnasia; los torpes en el deporte, frente a los que dominan en los juegos sentados; hasta el que sólo es capaz de hacer de payaso en el teatro guiñol haciendo reír largamente a sus compañeros cuando han pensado realizar algo al aire libre y el tiempo no lo permite.

El *espíritu de cooperación*, sinceramente manifestado, les lleva a pagar sistemáticamente al menos pudiente el gasto de transporte hasta el lugar de reunión mediante los pequeños ahorros de los compañeros, que van rotando en este menester con tal de que no falte el muchacho y poder llevar a cabo esas actividades que les distraen e interesan y que, inconscientemente, les va imponiendo en el establecimiento y en el uso de las relaciones de convivencia social.

La *proyección de dificultades individuales* como falta de integración en el grupo se ha puesto de manifiesto en las actitudes de negatividad o aislamiento en niño y niña, respectivamente; hecha la indagación oportuna por la asistente social, han arrojado luz sobre el primero, que reaccionaba negativamente a todo con protesta porque estaba descontento con su trabajo y tenía ganas de encontrar otro al que poder cambiarse; la estrechez y deplorable ambiente familiar de la niña, con profunda repercusión emocional afectiva, la mantenía alejada de la participación activa del grupo al que ella pertenecía y a cuyas reuniones asistía con puntualidad.

La *protección y generosidad* de unos miembros para con otros se ha dejado sentir cada vez con mayor relieve en el desarrollo de las reuniones, abarcando un doble aspecto material-espiritual que pone de manifiesto hasta qué punto puede llegarse a comprender una serie de obligaciones vinculadas a la agrupación de miembros diversos con características y posibilidades distintas; el lema del dar más cuanto más se tiene es una obligación espontáneamente realizada, invitando a golosinas repartidas equitativamente entre todos, aunque adquiridas por algunos solamente, y es esperanzador el ver cómo en los juegos de búsqueda a campo abierto mediante pistas el muchacho expedito en sus movimientos formaba equipo con el torpe en reflejos o con dificultades motoras y le ayudaba a este último a subir al coche en la excursión de modo automático, sin aparato ni conmiseración absurda y contraproducente.

Una última consecuencia de inestimable valor por la trascendencia que encierra ha sido la *aceptación y el encomio de las familias* de los respectivos muchachos, que al comprobar el interés creciente de sus hijos por la asistencia a estas reuniones han colaborado abiertamente con las asistentes sociales y las estimularon en su labor. Como es lógico, la fuerza del asesoramiento a las familias, cuando el muchacho dejaba traslucir dificultades personales en el grupo, ha sido potenciada por la verificación concreta de las actividades, motivo éste por el que fué factible un tratamiento social familiar en favor del chico.

* * *

Esta es, en suma, la experiencia realizada sobre la utilización del tiempo libre de muchachos deficientes, encaminada a facilitar su inserción social; hay que reconocer que la persona que se encargue de dirigir la serie de actividades recreativas, deportivas o artísticas que llenen los ratos pasados en común ha de conocer la dinámica de grupos, para saber compensar y contrastar los modos de ser y de reaccionar de los componentes y provocar en ellos la manifestación de las fuerzas positivas encaminadas a la total readaptación. Ha de saber explicarse que una reacción sistemática puede llevar aneja una dificultad de ambiente familiar, profesional o escolar; ha de dominar las técnicas de expresión y utilizarlas sin apagar la espontaneidad de los agrupados, sino conducir a ella; en fin, el espíritu jovial y la entereza y flexibilidad de carácter no deben faltar. En la experiencia que hemos expuesto el resultado fué fructífero, porque a las cualidades personales de las asistentes que la desempeñaron dió vitalidad y eficacia el asesoramiento continuado y diverso, según el desarrollo progresivo de las reuniones.